



LA HOJUA de PARRANDA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

VIACRO YRAIZOZ
El Escapulario.

EDUARDO GUILLAR
Las cosas claras.

LUIS ANTON DEL OLMET
El Fauno.

FÉLIX RECIO
El secreto de mi tonadillera.

NARCISO SALVAT
El pan de cada día...

JULIO MATA
El «beguén» de Cocó.

ERNESTO DANI
Sinapismos.

CLEMENTE DE CASTRO
Nuestras cocotas.

FERNANDO AMADO
La indemnización.

TOVAR, DEMETRIO, ESTEVANILLO,
CONDE, ALFONSO y ENRIQUE

Caricaturas y retratos de Musetta, Ana
María del Campo, Luis Antón de Olmet
y otros dibujes.



M U S E T T A

Que acaba de aparecer en el Trianon-Palace,
siendo muy celebrada como mujer y como artista.

5 cénts.



DEL GRAN METCHNIKOFF LA CIENCIA

NOS VA Á ALARGAR LA EXISTENCIA

Monsieur Metchnikoff, un sabio —pero con la mar de savia cerebral—, á quien preocupa la longevidad humana ferozmente, ha descubierto que el intestino es la fábrica de unos venenos terribles bajo cuya acción nefasta se crea en los organismos unas lesiones (análogas á las que caracterizan la senectud), que en el páncreas, y el hígado y otras vísceras del mismo género, causan al pobre linaje humano la muerte en edad temprana. Concretando sus estudios, primero á las ratas blancas (que son los animalitos á quien la ciencia declara más aptos para esta clase de experimentos *in ánima vili*, y á los que se aplica —sin que se escape una rata— toda suerte de inyecciones hipodérmicas) proclama nuestro respetable sabio Metchnikoff que, alimentándolas por espacio de unos días sclamente con substancias ricas en azúcar (como la zanahoria, la caña, el dátil, la berenjena, la uva y la remolacha) disminuyen los venenos intestinales que matan, por lo que tienen de tóxicos, á la pobre especie humana.

El indol y los fenoles (que de tal modo se llaman los referidos venenos) se convierten en substancias antisépticas mediante la alimentación citada, y el azúcar que con ella se forma en nuestras entrañas, á los microbios mortíferos les hace *ahuecar el ala*...

Después observó que el perro (que es un amigo del alma para el hombre) en su intestino cuidadosamente guarda, como oro en paño, el remedio de todas nuestras desgracias: el «bacillus Glycobácter» (gulcobacteria se llama, lector, en el Diccionario de la lengua castellana); y que, inoculando al hombre con una jeringa, basta para que no nos jeringuen antes de tiempo las Parcas.

Total: que se nos prolonga la vida con la observancia del régimen, ingiriendo materias azucaradas (menos mal, peor sería que hubieran de ser amargas), cual la zanahoria, el dátil, la uva y la remolacha.

Yo conozco á una doctora que es una gran entusiasta de Metchnikoff, y que sigue sus estudios con el ansia de alargarnos la existencia; y os juro que de hoy no pasa sin que le ponga en sus manos esta vida aperreada que traigo, con el objeto de ver si ella me la alarga...

Carlos Miranda

EL ESCAPULARIO



El que no ha conocido á la Rosa, no ha conocido á la moza más guapa de Ricla. Fresca como una lechuga, coloradota como una manzana, y con unas exuberancias á la altura del corazón capaces de encender y espesar la sangre del mozo más linfático de la comarca.

Y á Mariano, que la sangre la tenía gorda y que le bullía en las venas con el ardor de los veinticinco años, se le metió en la cabeza conseguir á la Rosa; y cuando á uno de Ricla se le mete una cosa en la cabeza, ó se sale con la suya ó no es de Ricla.

Mariano estaba loco por la muchacha, y á ella parecía que no le desagradaba el mozo; pero nunca había pasado de pareceres el ardiente deseo que á los dos les animaba.

Al mediar las faenas de la parva y en la hora calurosa del descanso, la Rosa dormía todas las tardes la siesta en el pajar. Mariano, que acechaba sus movimientos, se enteró en seguida y se propuso sorprenderla y *espetala* en tal ocasión su atrevido pensamiento que, como supondrán mis lectores, era maquiavélico.

Y dicho y hecho.

Una tarde, mientras los demás trabajadores dormían panza arriba á la sombra de unos nogales que había junto á la era, Mariano, como el que no quiere la cosa, pero deseándola con toda su alma, se escurrió por la escalerilla del pajar, cerrando la puerta apenas entró.

En un rinconcito obscuro del pajar y tendida en el *blando lecho*, se hallaba la Rosa dormida en una actitud de despreocupación tal, que demostraba á las claras la seguridad de que no habían de verla.

Abierta descuidadamente la blusilla que llevaba puesta, dejaba ver sus ebúrneos pechos (como los llamaría otro que fuese *menos poeta* que Mariano). Subidas las faldas en desorden, lo que no dejaban ver, que era poco, se adivinaba por las proximidades, y el cuadro era de tan erótica realidad que, al contemplarlo, sintió el pobre Mariano que toda la sangre le aflusa á la cabeza. Y como



El empresario —Bueno; ¿pero su hija da el dó de pecho?

La mamá. —Según; unas veces da el dó y otras no da más que el pecho.

ya hemos dicho que la sangre la tenía gorda, creyó que iba á ser víctima de una congestión cerebral.

—¡Ahura ó nunca!—dijo el niño.

Y se acercó tembloroso. Llegó al lado de la Rosa, se arrodilló, y muy *despacico pa no despertala*, le dió un beso entre los labios, de tal modo ardientes, que al mozo le supo *metá á caramelo y metá á guindilla*.

De pronto se fijó en el pecho de su amada

salió el muchacho, se quitó el escapulario y lo guardó muy escondido, diciendo: — ¡Por si vuelve!

Flaco Yráyzo

LAS COSAS CLARAS

—Señorita, yo no quiero ver mi honor comprometido. Ayer tarde, en la cocina, me dió un abrazo su primo...
—¡Caramba! Y di: ¿Tú, qué hiciste?
—Yo le dije: «¡Señorito, no gaste usted «chanzas» de esas, porque voy y de corrido se lo cuento á mi señora!
—Y entonces él, ¿qué te dijo?...
—Pues... ¡que á usted también la abraza cuando no está su marido!

Eduardo Guillar.

LOS COMPLACIENTES



—¿Y qué le dices á tu primo?

—Que te vas fuera unos días.

—Pues ya dile que tengo en la mesilla de noche unos pitillos habanos que son exquisitos.



ESTEVANILLO

—¡Leñe, qué lujo! No hay como ser camarera pa ganar dinero á espuestas.

—¿Y lo que hay que moverse no vale ná, señá Udosa?

y vió, sobre sus carnes blanquissimas, un escapulario de la Virgen del Pilar.

Mariano era muy hombre... pero era muy aragonés, y la adoración á su Patrona era... como la de todos sus paisanos.

De tal manera le infundió respeto la imagen santa, al verla acercarse y alejarse alternativamente de su vista, impulsada por la anhelante respiración de Rosa, que tuvo miedo... Miedo á su conciencia... respeto á su devoción... no sé á qué... pero vaciló.

Se levantó, y muy despacico pa no despertala, saltó del pajar sin que le viesen.

En la era, ya tranquilo, no sentía los amagos de la congestión. La sangre no le bullfa en el cerebro y los latidos eran menos violentos.

Lo que no sabe todavia Mariano es que la Rosa se habla fingido dormida y que apenas

EL FAUÑO

SALIERON...

Abatíase todo en una tristeza desolada. Llovía sobre los castaños en un persistente musiquero.

Las hojas, empapadas y flácidas, lagrimeaban el agua de otoño como pingajos mustios. A veces, entre las ramas atónitas, ululaba el viento en un alido lúgubre. Casa, casa, el cielo plúmbeo, como una enorme losa ingrávida que amenazase aplastar los campos, las aldeas. No parloteaba pájaro alguno. Por las correderas flaban, hinchados, burbujeantes, los arroyos de agua cenagosa. Croaban las ranas con alegría bestial, gozando la hecatombe de aquel diluvio asolador. Y en el zaguán de su casuca mísera, el señor Chinto miraba sus tierras exhaustas; sus árboles desnudos, que clamaban piedad con sus brazos prietos, á lo alto: el establo donde mugía cada vez más tenuemente, la vaca famélica.

Salieron...

Una esperanza de redención iluminaba todavía el fondo de sus almas. Era una luz tímida y fragante, como el rescoldo de las juveniles lumeradas sanjuaneñas. Era un postrero y ahincado prurito de liberación lo que impulsara el éxodo. Tres eran en la casa. El señor Chinto, la señora Dominga y la Peruca, retoño que naciera tres lustros ha... Tres eran en la casa, y á cual más míseros. El padre, consumido en la estéril faena campesina, casi no sostenía ya el fouciño entre sus manos cansadas. La madre, reventada por la brega diaria del hogar y del huerto, rugosa como nuez, tenía un eterno zollipar en su garganta y un eterno lagrimeo en los ojos pitáñosos y caducos. La hija, fea como Satanás, deforme, horrenda, jamás oyó cantar la riveirana en su torno, ni tuvo un mozo que se acercase á su puerta en son de tuna. Vi-

vían aislados en mitad de la campiña, lejos de ciudades y aldeas, sin más vecinos que la raposa y la curuxa, hiriendo todos los años el vientre ya infecundo de aquellas sudos leivas menguadas, ordeñando á la oveja marca huesancona, robándole sus huevos calientes á las cuatro gallinas rojas que picoteaban en el corralizo.

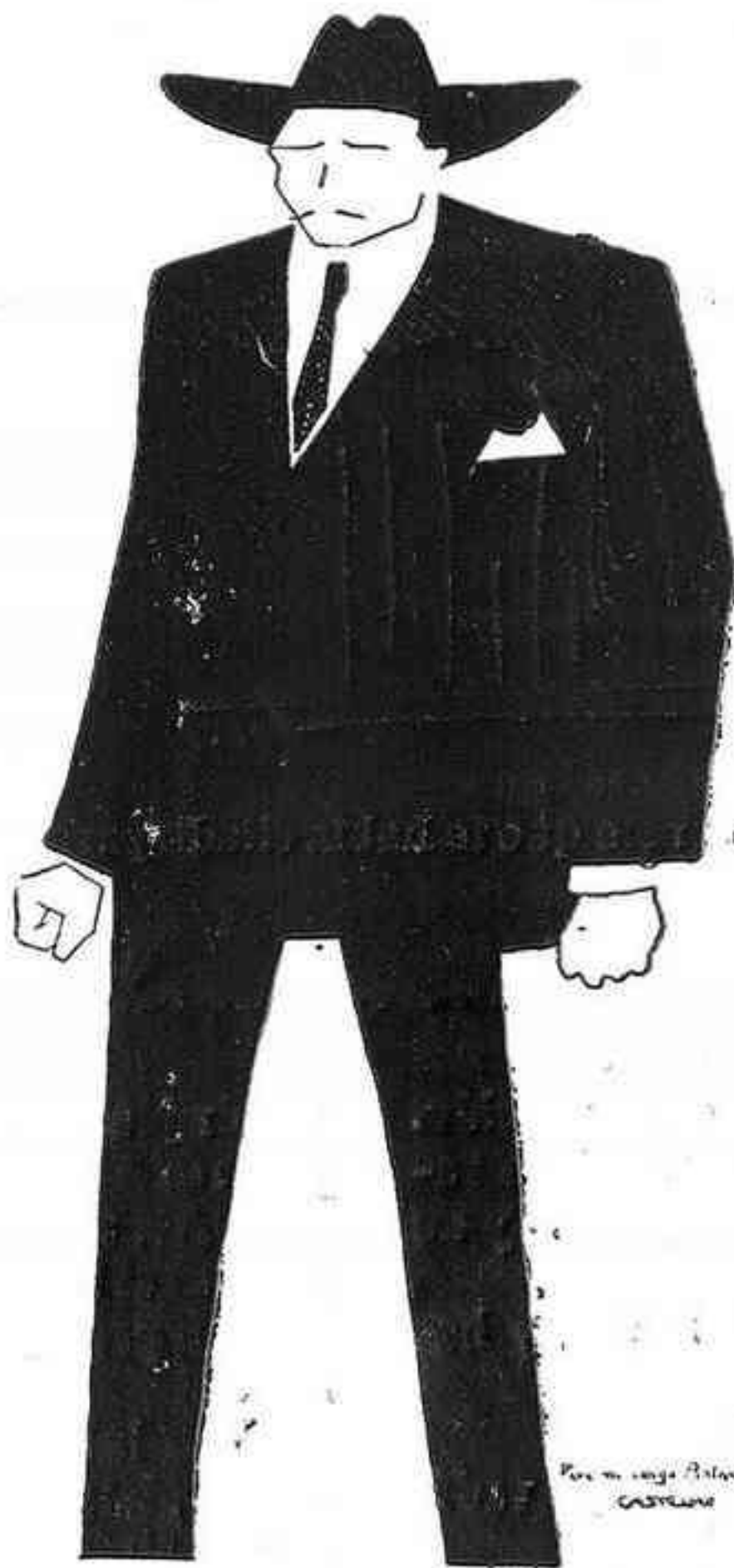
Vivían humildes; mas vivían en gracia de Dios, sin holgura ni hambre.

Pero el año había sido funesto. Agostóse el maíz y tuvo el centeno tostado un derrumbamiento brutal al embate del agua. Fué toda una inmolación de cabecitas rubias. Y la vaca no tenía heno en el pesebre. Y las gallinas no tenían las doradas semillas que rebotaban en el suelo, al caer dando saltitos, y que las muy glotonas perseguían con los picos; biertos, ávidas, cacareantes...

Y llegó un día horrible, en que la desesperación llamó con sus nudillos implacables á la puerta de la casa. Y entonces, el señor Chinto tuvo un sueño. Fué un sueño de antiguo y mísero patriarca celta, un sueño lleno de optimismo y de luz.

Sonó que la Peruca era garrida y lozana, que tenía en ronda veinte gallardos mozos, que un día, al tornar de la romería de Cambra, en una leira, sobre un haz de trigo... Sonó que la rapaza íbase á la ciudad, y que tenía en redor de su cuello largas vueltas de corales, y pendientes de las orejas, arracadas hechas de moneditas blancas, y su niño ajeno y señoril entre los brazos membrudos, y que todos (los meses, con la mandadera, enviaba dinero, dinero, dinero...

Llovía sobre los castaños implacablemente. Los campos, trocados en cienaga, eran infecundos y exhalaban un hedor de muerte. Tuvo miedo, pavor al hambre. Y su voz inapelable, voz de patriarca, exclamó



LUIS ANTÓN DEL OLMET

Cuya literatura obtiene el éxito más grande y más verdad: que quieran conocer al autor las mujeres...

— Has de llevar á la rapaza junto al señor Mirgos, en Loñeiro. Dican que tiene la facultad de pe... r á las mozas horribles y estériles; dicen que tiene trasgos en el alma. Es meigo.

Saliéron...

Caminaron bajo la lluvia, con las sayas subidas como c... puchas sobre la cabeza, largas leguas descalzadas. De tarde en tarde topaban á un campesino que iba descalzo y rezongón, maldiciendo:

— ¡Mal rayo de tempestad!...

— Mal rayo.

Y seguían... Los campos, ateridos, inun-

ba como un tallo de avena sacudido por el cierzo. ¡Ella, guapa! ¡Ella, escuchando el aturuxo de los mozos encendidos en amor! Y un sentimiento supersticioso y trágico invadía su alma cautiva. Le parecía ir atraída hacia un abismo en cuyo fondo palpitaban monstruos horribles. Le parecía como si aquella, su madre, fuera una bruja fatídica y perversa que la llevase con engaños hasta el crimen.

Y sin hablar, recelando la una de la otra, madre é hija proseguían el éxodo.

Llegaron á Loñeiro al medio día.

En mitad del camino había un rapaciño melado y alegre:

— Neno, sabrás dónde para la casa del señor Mirgos el curandero?

— Sí...

Y señaló.

Era una casuca miserable, zambucada en el fondo tenebroso de una corredoira. Renegrida, desvencijada, parecía un templo rural y antiguo de brujerías. Y la Peruca miró á la casa, miró á la madre, y se puso á temblar. Pesaba sobre su espíritu infantil el agobio siniestro de todas las supersticiones. El misterio, el llanto, horrible, trágico, parecía alentar en todos los taimados es-

condrijos de aquella innoble casa pavorosa, y lloró.

— ¡Ay, madre, no me lleve! ¡Ay, madre, no me lleve! ¡Déjeme fea, que para nada quiero ser guapa! Que tengo miedo, madre, mucho miedo!

Pero la Dominga no se compadecía. Su moiro, largo y negro como el de una muesaña, estremece de aris y de coraje. Sus dedos flatos, que parecen garras de gavilán, tuvieron una crispación de ira. En sus ojos pitafiosos brilló un relámpago:

— ¡Írás! ¡Írás porque lo mande tu padre, porque lo mando yo! ¡Soy capaz de matarte si lloras! ¡De matarte!...

Y avanzaron. En el fondo de la corredoira



Demetrio

Ella.— Bueno, ya pasó; pero conste que te había citado para decirte que no podía ser.

dados, tenían una mueca de consternación. Caía la lluvia persistente y cruel. Y las ramas, estultas, croaban ébrias de júbilo y de perfidia.

La Peruca se detensa de vez en vez, y hacía una pregunta pusilánime:

— Madre, ¿y dónde me lleva?

La Dominga escurría su mirada y evadía la respuesta.

— ¿Dónde me lleva, madre?

— Llévete junto á un curandero meigo, que hará de tu rostro el más lindo rostro de la comarca. Ha de ponerte más guapa que una poma de nácar y de rosas. Has de prender más amores que una reina.

Y la rapaza, estupefacta y pueril, tembla-



—¿Cómo van esos ánimos, D. Toribio?
 —Mal; estoy viendo visiones.

cabe la casuca vieja, se detuvieron, expectantes. De allí á poco salió una decrepita, encorvada y avizorante hasta el umbral, preguntando quiénes eran y á qué venían.

—Somos de Cela, y venimos buscando al señor Mingos. Traigo á esta hija adolecida para que la sane.

—Bien, pasad...

Pasaron á estancia sórdida, en cuyos rincones se hacinaban mazorc@s y montones de grandes haces crujientes. Un gato negro hacía corcovos sobre un arca vieja. Aullaba el viento en los rotos cristales de los ventanucos. De pronto se oyó bramar una gran voz:

—¡Ahora va!...

Unas pisadas fuertes, retumbantes, se dejaron escuchar cada vez más cercanas, como si por la escalerilla de madera bajase un paquidermo ó un monstruo. Después, enorme, medio desnudo, pobladas las barbas taheñas, crespa la pelambre, tuerto y erdesoniado como un polifano campesino, llegó el sátiro. Tenía su voz resonancia de animal fabuloso, voz de centauro.

—A las buenas tardes, buenas mujeres...

La Peruca temblaba como una cervatilla despavorida y pusilánime. La Dominga sonreía con remilgada y sabia sonrisa de alcahueta.

—Tráigole esta rapaza, señor Mingos, para que me la cure. En sus manos la pongo. Ha de salir más guapa que un sol.

Y luego aparte:

—¿Ha de quedar en como quedaron otras rapazas que aquí vinieron adolecidas del mismo mal?

El fauno se iluminó en una sonrisa. Rieron sus robustos hombros de ciclope. El eco de su carcajada hizo temblar á la moza.

—¿Quedara! Ninguna moza que vino á mí salió desatendida. Ni aun siendo tan fea como esta rapaza, rapaza que, como fea, más no puede peoirse.

—Así sea.

—Va sabrá que ha de costarle un peso.

—Lo sé.

Y los brazos desnudos y vellosos del sátiro tendiéronse hacia la moza, que gemía engarabitada, berruntando la ignominia, chillando, rugiendo...

Tornaron...

Había cerrado ya la noche. Madre é hija caminaban en silencio por los senderos dor-



—Realmente, hoy no hace falta que te desnudes; con dos brochazos acabo.

EN LA VERBENA

Y el señor Chinto veía florecido el erecto pezón de su hija por una gota de néctar.

Luis Antón del Olmet.

SUCEDIDOS...

Rosita N., una muchacha muy bonita, con una boca muy fresca y muy propicia, se presentó días atrás en casa de D. Juan C., solterón y enamorado, solicitando colocación.

D. Juan la recibió muy cariñoso, y la dijo:

—Es usted muy linda y muy joven. ¿Tiene usted buena conducta?

Rosita, bajando los ojos y poniéndose muy roja, muy roja, contestó:

—Como el señorito quiera.

No hay que decir que esta muestra de sumisión encantó á D. Juan, y que Rosita pasó á servirle inmediatamente.



Demetrio

—Conste que el ofrecerle el pito á la niña ha sido con la mejor intención.

midos á quienes imponía la negrura siniestra del cielo una mudez consternada. Iban sin cambiar frase. A veces, la Peruca tenía que contener un sollozo...

Tornaron...

El señor Chinto aguardaba en el umbral, agazapado como un zorro. Al sentir las llegar, corrió hacia ellas como un can famélico.

—¿Fué?

—Fué.

Y callaron en un sigilo angustioso. Penetraron después en la casa. Batía el viento las ventanas, y al lejos vibraba el lamento trágico de la naturaleza clamante. La vaca famélica mugía en el establo. La Peruca gemía, gemía...

Aquella noche, al tropezarse en el mísero lecho nupcial los cuerpos seniles, se avanzaron férreamente con infinito amor.

—Tendremos oro.

—Tendremos oro.



Él.—Este porque sea chico.

Ella.—Y este porque sea chica.

Él.—Y este porque sean las dos cosas,

EL SECRETO DE MI TONADILLERA



La tonadillera—que es como la gentilísima Fornarina, nuestra primera cupletista, madrileña, pícaro y bonita, sin rival posible, designa á su criada—mi tonadillera, ó séase por otro nombre menos corriente, mi criada, me contó tardes pasadas, mientras almorzaba, la historia singular y desconcertante del último matrimonio á quien sirvió antes de venir á mi casa.

Éran un matrimonio sin hijos; casados felices que, según mi tonadillera y cuantas la precedieron á su servicio, siempre andaban besuqueándose como novios detrás de las puertas.

El, D. Genaro López, tenía colocados los bienes que heredó de sus padres en una casa de Banca de Bilbao, y gozaba una linda renta de ocho mil reales mensuales, aproximadamente.

El matrimonio López, sin embargo, vivía con modestia. Ella, una rubia gentil y laminada, á quien yo recuerdo haber visto algunas veces en el teatro, siempre con un tocado caprichoso y caro, al parecer, tenía la pasión de las joyas; era una de esas mujeres caprichosas, dominadas, *al parecer*, por el deseo de brillar y capaces de prostituirse por una lanzadera de piedras falsas.

Siempre que D. Genaro López cobraba sus rentas, lo que sucedía todos los prime-

ros de trimestre, ella, doña Dolores, secuestraba dos ó tres mil pesetas para joyas; en pocos años logró reunir un número inverosímil de sortijas, pulseras y aderezos, cuyo valor, según los cálculos de don Genaro, no bajaría de veinte mil duros.

Cuando el matrimonio salía á la calle, los



—Lo que ha hecho usted con mi hija no tiene disculpa posible.

—Pero, señora, ¿lo iba á hacer con el sereno?

transeuntes volvían la cabeza para mirar bien á la esposa: era una de esas bellezas cargadas de oro y de preciosas piedras, que hacen palidecer el esplendor de las joyerías.

Algunas veces don Genaro trató de convencer á su compañera de la inutilidad perjudicial de tantos dispendios. Pero ella oponía á estas juiciosas reflexiones oídos de mercader.

—Es mi capricho único—decía—; y ya que los hijos me faltan, no me niegues esta pequeña satisfacción.

Don Genaro, que adoraba en ella, cedía

sin resistencia, considerando que, sea bajo la forma que fuese, aquel dinero siempre quedaba en casa.

De repente sobrevino una catástrofe, uno



— ¡Chavó, qué tiesa!

de esos desastres terribles que abaten las voluntades mejor templadas, porque nunca vienen solos. La casa de comercio que manejaba la fortuna de López quebró, dejando

al matrimonio en la miseria. Estrechado por la adversidad, D. Genaro, que ignoraba los fieros azares de la vida, quiso colocarse y no pudo. Poco después Dolores moría de una afcción al hígado.

Durante mucho tiempo el pobre viudo fué manteniéndose de la venta ó empeño de los muebles y cuadros que adornaron su casa. Al fin, acosado por la necesidad, tuvo que deshacerse de las joyas que su Lola compró; los vestidos los conservaría, aunque tuviese que pedir limosna: eran algo sagrado, íntimo, que había vivido muy cerca de la muerte.

Don Genaro cogió una sortija y fué á casa de un joyero amigo suyo. Este examinó la prenda detenidamente.

— Es falsa — dijo.

— ¡Falsa! — r. pitó López aterrado —. No puede ser; costó más de doscientos duros...

— Pues no hay quien dé por ella quince pesetas.

D. Genaro volvió á su casa, metió todas las joyas de la muerta en un maletín y regresó á la joyería. Su decepción fué horrible: todas las prendas eran falsas.

López, que no entiende un pitoche de piedras finas ni de metales, ignora la verdad y cree, sencillamente, que Dolores nunca supo lo que compraba y que pagó como oro lo que era oropel.

¡La verdad, «lo horriblemente cierto», lo sé yo, lector, porque me lo ha dejado ver mi tonadillera.

Y también un joven que, gracias á la munificencia de la pobre muerta, acaba de concluir su carrera de médico.

Félix Recto



EL PAN DE CADA DÍA...

A un mancebo de botica
tiene por novio Libra da.

¡Ay, qué lástima de chica,
tan joven y amancebada!



Borda, Juanita Legama
su equipo, que con justicia
á todos la atención llama;
pues dicen que, aunque novicia,
resultará una delicia
su primer juego de cama.

Narciso Salvat.

EL "BEGUÉN," DE "COCÓ,"

ECOS DEL BOULEVARD

COCÓ, una de las más bonitas parroquianas de *La Grande Taverne*, acaba de llegar á Trouville, acompañada de su «capricho» ó de su *beguén*, como aquí dicen. Es un mocito que apenas tendrá veintidós años, moreno y muy despabilado y con la seductora particularidad de ser estudiante. Se llama Felipe Duart. Felipe y *Cocó* se conocieron una noche en la *térrase* de Brévant.

—¿A dónde vas?— preguntó ella.

—En busca de una mujer que me pague un bock.

Cocó se echó á reír.

—Pues, mira—dijo—no busques más; ese bock lo pago yo.

A Felipe le pareció bien mostrarse indeciso y como un poco avergonzado de lo que había dicho; acaso el truhán tuviese fuerzas para ruborizarse... Dijo que él no aceptaba de las mujeres ninguna clase de obsequios, y que lo del convite, por tanto, era broma. Su turbación, fingida ó real, acabó por rendir á *Cocó*.]

—Mi invitación—repuso—no puede humillarte. Si no te hubiese conocido es seguro que habría buscado una amiga á quien convidar, porque no me gusta estar sola en los cafés; me aburro. Conque, vaya, no hablemos más de esto. Ven.

Luego, entre sorbo y sorbo, Felipe Duart supo decirle razones muy dulces. Ella era buena, generosa, incente; daba amor y placer y risas á todo el mundo, y nadie cuidaba de recompensarla con un poco de sincero cariño.

—Los ricos—añadió—que te pagan, te desprecian, como se desprecia lo que ha servido, lo que ya es inútil; pero yo, que soy pobre... ¿sería capaz de quererte tanto!...

Cocó, cuya alma de artista es fácil á la emoción y á la misericordia, amó á Felipe.

Quedaron citados para después, á las doce de la noche, y en casa del estudiante, que vivía en un hotel, cerca del Boulevard.

—Preguntas por mí—dijo él—y subes, nadie te dirá nada. Acuérdate, piso sexto, habitación núm. 74.

Cocó, contra su costumbre, llegó á la cita puntualmente, dió las «buenas noches» al portero y comenzó á subir la escalera, que estaba en tinieblas. La pobre muchacha iba

CUALQUIER TIEMPO PASADO...



—Cá vez que m'acuerdo lo bonita que era cuando nos casamos, ¡la daba así!

un poco triste, no tenía dinero; la noche había sido muy mala...

Al llegar al rellano del piso segundo, abrió una puerta suavemente y *Cocó* vió un caballero, como de cuarenta años, que la llamaba sonriente, haciendo con la cabeza signos de afirmación y bienvenida. La joven se acercó.

—Creo—dijo—que se ha equivocado usted.

—Sí, en efecto—repuso el desconocido,—yo esperaba á una señorita... y tropiezo con

otra. Me alegro; ¿es usted bonita, si quiere usted pasar..

—Es que...

—¿La esperan á usted arriba?

—Sí.

—Bien, luego irá usted

Cuando *Cocó* llegó al cuarto de Felipe, amanecía; el estudiante se había acostado muy triste, seguro de que su amiguita ya no iría á verle. Ella le despertó riendo á carcajadas.

—Mira lo que traigo —exclamó;— ¡dos lises! Mañana, en cuanto nos levantemos, nos vamos al Bosque. ¡Yo pago el almuerzo!

A la noche siguiente se repitió la misma



Domestrio

La mamá.—Tan pronto tiene apetito á las doce del día como lo tiene á las dos de la madrugada; pero sin guardar orden. ¿Que será?

El doctor.—Señora, usted misma lo dice, la niña tiene apetitos desordenados.

escena, aunque con leves variantes. El encuentro ocurrió en el piso cuarto. Era otro señor; un señor con el bigote y los cabellos blancos, y el rígido empaque de un viejo militar.

—Señorita, si usted quisiese acompañarme unos momentos ..

Cocó sintió compasión de Felipe, que la aguardaba.

—Perdone usted d, caballero—repuso;— tengo que hacer; está esperándome. .

—No importe; seré generoso, muy gene-

roso... y, además, se marchará usted en seguida.

Ya era de día claro cuando Felipe y *Cocó* se vieron; él tenía los ojos brillantes, cual si hubiese llorado; ella, como siempre, le consoló riendo.

—¡Es raro!—dijo,—siempre que vengo á tu casa me sucede lo mismo. Será preciso que te mudes al piso principal... ó que me esperes en la calle. Subiendo juntos no habrá peligro de que nadie me llame.

Pero esta precaución produce muy poco, y así lo ha comprendido el mismo *Duart*. La prueba es que ahora, al trasladarse á uno de los mejores hoteles de Trouvilles, el pícaro estudiantil ha alquilado una habitación... ¿En el piso primero? No. En el piso quinto.

¡El bien sabe por qué!

Julio Mata.

Paris, Junio 1912.



SINAPISMOS

Pilar, mi cocinera,
por un descuido,
se cortó ayer un dedo
con un cuchillo.

Y está que rabia,
porque la pobre chica,
¡tiene una raja!...



Ayer quiso ponerse
don Luis Bolaños
un traje que le hicieron
hace seis años.

Pero su Irene
le dijo: —No seas tonto;
ya no te viene.



Reconozco que tienes
los labios grandes,
aunque yo los encuentro
muy adorables.

Seré muy raro,
pero me gustan mucho
tus grandes labios...



En cuatro meses que hace
que te has casado,
tres colchones de muelles
has destrozado.

Y es, Enriqueta,
que á ti te gusta mucho...
...no estarte quieta.

Ernesto Dani.

NUESTRAS COCOTAS

ANA MARÍA



ENGO que advertirte que yo he sido, soy y seré siempre una mujer discreta. Quiero que todo el mundo respete mis secretos, y por eso jamás trato de sorprender los misterios ajenos.

Así, de esta manera tan tranquilizadora para un periodista, es decir, para un hombre incompatible con la discreción, comenzó Ana María unas confidencias que llevaban pocas trazas de tales.

Ana María es, como podéis ver en el retrato, una hembra nacida para el amor y que sólo para los sacrificios en honor de Venus vive y alienta.

Pero Ana María es una caja cerrada, una esfinge, la representación carnal de lo hermético, de lo mudo, de lo solapado, como dirían las *furcias* de la calle del Bastero.

Tratar de arrancar una confesión á la mal casada, —ya verán por qué nuestros lectores— es tarea inútil.

Ofertas, halagos, súplicas, fueron para mi tiempo perdido, pues Ana María se encastilló en el más desolador silencio.

— Nada sabrás, infeliz reporter.

— Todo lo averiguaré para contarlo al público, hermosa, cortésana.

Y ella subió á su coche y yo me largué calle arriba, mohino y preocupado.

A punto estuve de desistir; pero la amenazadora imagen de Paco Gómez - Hidalgo me infundió terror y me dió ánimos.

Otra vez volví á casa de la *desnudable*, con él

propósito de pedirle una nueva entrevista.

Guadalupe, la gentilísima doncellita de Ana María, me abrió la puerta y me condujo al gabinete para que en el secreter de la dueña escribiese la carta.

De pie, ante mí, aguardaba la muchacha á que terminase de escribir, y su cara inteligente y aire picaresco, me inspiraron la diabólica idea de conquistar á la criada para sorprender los secretos del ama.

Hago gracia á los lectores de LA HOJA DE PARRA de los resortes que toqué y los recursos que puse en juego para captarme las simpatías de Guadalupe, y sólo haré observar que nuestras respectivas posturas se cambiaron infinidad de veces. Que después de estar yo sentado en una linda marquesina y ella humildemente de pie, fuimos á parar en que los dos departáramos amigablemente acomodados en una muelle *chaise longue* y que al final de nuestra entrevista, Guadalupe ordenaba la armonía de su peinado, mientras yo templaba mis tirantes.



ANA MARÍA

Salí de aquella casa del placer como debían salir del Capitolio los generales vencedores, a ruina lo por el peso de mi gloria y tarareando un vals de opereta vienesa.

Mi lista de Don Juan se había enriquecido con la conquista de otra linda muchacha, y mi vanidad de periodista estaba completamente satisfecha, porque había sorprendido el secreto de Ana María.

Ana María era casada, y su marido ocupa-

hombre que á tan mal uso destinaba los encantos de su mujer.

Una nueva entrevista con la complaciente doncella me dió la clave de todo.

Ana María era hija de una pobre pensionista que contrajo una deuda con su apoderado, que entonces no era banquero, ni esquilma más que á unos cuantos infelices.

El tío aquél, con paciencia de hormiga y tenacidad de araña, aguardó á que llegase el

momento oportuno, y fijó su pensamiento en la niña que poco á poco iba convirtiéndose en deleitosa mujer.

Cuantas necesidades surgían en casa de la viuda las remediaba el usurero, que no exigía el pago de la deuda, pero cuidaba de almacenar recibos.

Al propio tiempo, iba formando el espíritu de la muchacha, á la que inculcó su amor al dinero, su discreción y su arte de captarse voluntades.

Además, la ha-

IR POR LANA...



El ocultado. — ¡Pues me he lucido! ¡Viene armado y cierra la puerta!

ba una envidiable posición en el mundo de la Banca.

Así me lo aseguró la pizpireta Guadalupe, afirmando de paso que el banquero, mejor dicho, el prestamista, se valía de su esposa para realizar las más lucrativas de sus operaciones.

Entonces comprendí el porqué de la discreción de Ana María, y el motivo de que casi todas las aventuras de tan peligrosa mujer fueran muchachos jovencitos, á quienes su inexperiencia, la seducción de la cortesana y las mil artes del banquero, ponían en el duro trance de dejarse en casa de una y otro hasta el pellejo.

Lo que no se me alcanzaba era la razón de que Ana María se hubiera casado con aquel

bló de placeres inenarrables, de los que él sólo poseía el secreto, interesando su imaginación de muchachilla viciosa.

Ana María no se enamoró del prestamista, porque el lenguaje de éste sólo hablaba á los sentidos; pero se hizo su esclava pensando que esposa suya sería libre y satisfaría ansias y deseos que de otra suerte no realizaría.

El débito de la viuda y el afán erótico de Ana María fueron creciendo como bola de nieve, hasta que llegó un punto en que la deuda se extinguió con una boda y los apetitos logreros del prestamista se cumplieron, á expensas de Ana María, que todavía ignora qué cosa es amor.

Clemente de Castro.

LA INDEMNIZACION



preguntado á mi excelente amigo León R. por qué vive con Gabriela, una muchacha bonita, ciertamente; pero de la cual me consta que no está enamorado.

¿A qué obedece esta unión que se prolonga desde hace cinco ó seis años? ¿Es por agradecimiento? ¿Es, tal vez, el saldo de una añeja deuda de honor?...

Mi amigo ha aplacado mi curiosidad, refiriéndome cómo conoció á Gabriela: es un lance peregrino y de elevada y delicadísima filantropía.

Una tarde se hallaba León R. en la esquina del café Oriental, esperando á un amigo. Cerca de él, una joven hermosa y elegantemente vestida, parecía esperar también: era Gabriela. Transcurrieron cinco minutos, ocho, diez... y el amigo de León no llegaba. R., entre tanto, distraía su impaciencia observando á la joven: era de regular estatura y delgada; el semblante ovalado, la boca

pequeña, los cabellos rizados y negros. Ella, de cuando en cuando y con siso descuido, examinaba á León. Los dos, indistintamente, se preguntaban lo mismo: «¿A quién esperará...?» A, aprovechando una oportunidad, miró á la desconocida sonriendo, esbozando un guiño que quería decir: «Cuánto nos hacen esperar!...» Ella sonrió, sin poder

EN BREVE APARECERÁ

EL LIBRO POPULAR

(Editado por la Empresa de «La Hoja de Parra»)

QUE PUBLICARÁ EN CADA NÚMERO UNA NOVELA COMPLETA Y RIGUROSAMENTE INÉDITA, ILUSTRADA

32 páginas en papel couché: 20 céntimos

EN EL PRIMER NÚMERO:

LA INFANTICIDA

por JOAQUÍN DICENTA

EN EL SEGUNDO

EN LAS CAVERNAS

por la CONDESA DE PARDO BAZÁN

EN EL TERCERO:

El caballero de los espejos

por PEDRO DE RÉPIDE

Y EN EL CUARTO:

LA HORA DE LA CAÍDA

por ANTONIO DE HOYOS Y V. NENT

Seguirán en el primer trimestre originales de los Sres. José Nakens, Tomás Luceño, Juan Pérez Zúñiga, Alberto Insúa, Luis Morote, Eugenio Sellés, Antonio Cortón, «Don Modesto», Eduardo Zamacois, Antonio Viérgol, Felipe Trigo, «Colombine», Antonio Zozaya, Carlos Miranda y «El Duende la Colegiata».

SIN EXCEPCIÓN

No se admitirá original que no se haya solicitado



—¿Y qué tal te va con tu marido?

—Pues mira, según anda de dinero; sobre todo hasta mediados de mes está muy expresivo conmigo. ¿Y el tuyo?

—¡Ay, hija, el mío... siempre á 31!

reprimir su risa, y, á fuer de mujer prudente, miró á otra parte.

Pasaron quince minutos, veinte... Después llegó un caballero que, luego de saludar á la joven y hacer varios ademanes elocuentes de súplica y disculpa, se marchó con ella. No sucedió más...

Mucho tiempo después, León R. supo lo siguiente:

Gabriela y su amigo hablan empezado á reñir; ella se quejaba de que él no acudiese puntualmente á ninguna cita; él, que comenzó repitiendo mansamente el «yo pecador», quiso concluir la cuestión mostrándose celoso.

—¿Quién era—dijo—ese tipo que estaba haciéndote pampiroledas cuando yo llegué?

—Un hombre muy simpático.

—¡Hola!

—Sí, señor, muy simpático.

—¿Te gustaba?

—Mucho.

Él agregó, apretando los dientes:

—¿Y qué... te ha dicho algo?

—No sé; si me ha dicho algo, [no voy á comunicártelo á tí.

En esta situación de espíritu llegaron á su casa; allí continuaron disputando, y él que, según lo recordó reiteradas veces con impertinente descortesía, «como lo pagaba todo caro tenía derecho á ser bien servido»; llegó á despedir á su amiga, diciéndola que tenía las puertas de par en par abiertas para marcharse cuando gustase. Gabriela, que era orgullosa, no trató de corregir lo hecho, y sin otro equipaje que su sombrero y un pequeño maletín de viaje, se marchó.

Pasaron varios meses.

Una noche, León R. y la joven se encontraron en la Plaza de Santo Domingo, y, reconociéndose, se miraron. Ambos pensarían en lo mismo:

—«¡Es aquélla!»

—«¡Es aquél!...»

Y prosiguieron su camino. Él volvió la cabeza: creyó encontrarla peor vestida y más delgada, más pálida...

Otra noche tornaron á tropezarse en una calle solitaria; era muy tarde; ella iba mal calzada. Al cruzarse se saludaron, y luego, casi al mismo tiempo, volvieron la cabeza como para convencerse de que, efectivamen-

te, se conocían. Ella acortó su marcha, tanto que casi se detuvo; él la abordó.

—¿Se acuerda usted de mí?

—Sí

—Estaba muy camblada, muy triste, con ojos ensanchados por la miseria.

León prosiguió:

—Nos vimos por primera vez en la Puerta del Sol, una tarde... hace de esto muchos meses... ¿Se acuerda usted de esta circunstancia?

Esta evocación arrasó en lágrimas los ojos de la joven.

—Me acuerdo muy bien—dijo;—me acuerdo de todo. ¿Cómo podría olvidar ese incidente, tan pequeño en apariencias, y que me ha perdido?... Usted, ¡sólo usted!... es causa de que yo no viva con el hombre que me engañó.

—¡Yol!

—Sí, usted.

Ustedes adivinarán fácilmente la estupefacción de mi amigo: pasmo que fué en aumento cuando Gabriela le refirió, entre sollozo y suspiro, el lance que ya queda referido.

—Ahora comprenderás—concluyó diciéndome León R.—por qué vivo con Gabriela. Mi cariño es, en cierto modo una indemnización del mal que, bien inconscientemente, la he causado.

Fernando Amado.



«ARLEQUIN»

Dirigido por Ceferino R. Avecilla, periodista joven y de talento, ha comenzado á publicarse un semanario que se llama «arbitrario» y sabe serlo, y que lleva un título por demás sugestivo: *Arlequin*.

Se vende á cinco céntimos, y su lema es en extremo tentador: «Todas las audacias; todas las locuras; todos los domingos...»

En *Arlequin* hay juventud y gracia, y el público, que es justo, le sancionará con su aplauso y su dinero.

¡Ave... Avecilla!

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

LA HOJA DE PARRA

● REVISTA FESTIVA ●

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.